



Andrea Hernández Guerra
Auxiliar de Investigación

“Jimmy se va: los daños se quedan”

El 14 de enero Jimmy Morales entregó el cargo presidencial al mandatario democráticamente electo Alejandro Giammattei.

Jimmy Morales Cabrera, el *outsider*, el “nuevo político”, el que prometía dar la mejor salida institucional a la crisis política de 2015 y acabar con la corrupción, logró terminar su mandato presidencial, pese a la serie de dramáticos y bochornosos eventos en los que puso al país en situación de desventaja y ridículo internacional.

Morales, sin embargo, no era un nuevo político, fue alguien que llegó sin un plan de gobierno, sin experiencia en la administración pública y sin la vocación de estadista.

En realidad, era un viejo aliado del orden militar tradicional conservador y que, gracias a las alianzas intersectoriales de las élites más

poderosas del país, fue estratégicamente posicionado desde un partido político de inspiración “nacionalista”, institucionalista y militar. A lo largo de su gestión siguió cultivando las alianzas con las élites más poderosas, conservadoras, y corruptas del país: Ejército, empresariado tradicional, dirigencia de la iglesia evangélica, entre otros.

Puede realizarse una larga lista de las vergonzosas escenas en las que el mandatario se dedicó a hacer alarde de su profesión de comediante, o de las promesas incumplidas y las múltiples falacias en sus discursos, pero lo que verdaderamente importa es evaluar cómo fue su gestión política y qué tipo de país deja luego de cuatro años. Y puesto que no hay logros significativos ni mejoras sociales que destacar, a continuación, una pequeña revisión al recuento de los daños:

Llegó sin un plan de gobierno, alardeando que la ruta a seguir sería el Plan K’atun Nuestra Guatemala 2032 y continuó su mandato sin consolidar políticas de Estado en las áreas de educación, nutrición y salud.

En materia económica, el salario mínimo no tuvo los incrementos necesarios para sustentar la canasta básica. Entre 2016 y 2020 los incrementos al salario fueron de 3.6% para el sector agrícola, 6.43% para el sector no agrícolas y de 6.36% para actividades de exportación y de maquila, además que se mantuvo la idea de “salarios diferenciados” al pagar montos distintos para los tres tipos de actividades.

Sumado a ello y, de acuerdo con expertos, su gestión produjo un ambiente de inestabilidad política, debilidad fiscal y poca recaudación tributaria.

En el plano político, encaminó al país a una crisis jurídica al violentar el Estado de Derecho a través de su deseo (cumplido) de retirar a la CICIG de Guatemala entre 2017 y 2019. Manteniendo su clásico discurso ultra-conservador y "soberano".

Junto a sus dos ministros de cabecera, Sandra Jovel y Enrique Degenhart, y con el respaldo del Ejército, justificó acciones tan bajas e ilegítimas, que pusieron en riesgo el papel de Guatemala ante la Comunidad Internacional y ante un órgano tan importante como la Organización de las Naciones Unidas.

Sumado a ello, la consolidación de las redes de corrupción continuó en clara alianza con los diputados de su partido –que de 11 pasaron a 37–, y que en conjunto habían llegado al poder luego de recibir financiamiento electoral ilícito para patrocinar su campaña política de 2015. El lema de “ni corrupto ni ladrón” se caía cada vez más rápido.

A propósito de ello, su primer año de gestión finalizó con un escándalo de corrupción protagonizado por su hermano e hijo. Aquella corrupción que precisamente prometía atacar en su discurso de toma de posesión, paradójicamente sería una de las más grandes sombras de toda su gestión.

Pero fue el débil manejo del tema migratorio y su relación con Estados Unidos lo que sin duda alguna generó más tensiones y consecuencias a largo plazo para Guatemala. Su gestión termina con la firma del Acuerdo de Cooperación con el gobierno de Donald Trump, que implicará, entre otras cosas, que los migrantes salvadoreños, hondureños mexicanos y brasileños puedan permanecer en territorio guatemalteco, mientras EE.UU. lleve el trámite de asilo.

Jimmy Morales se retira de la silla presidencial –más no de la escena política, pues asumió el mismo día el cargo de diputado en el Parlamento Centroamericano– dejando las condiciones políticas, económicas y diplomáticas igual de fracturadas que cuando asumió su mandato, sin cumplir con las promesas de campaña más importantes y sin realizar las mejoras sociales correspondientes, demostrando que “el dar el beneficio de la duda” no es garantía de una buena gestión pública. Jimmy Morales se va, pero los daños se quedan.

